

Villaescusa de Haro
Pregón de las fiestas de la
Virgen del Favor y de la Ayuda
Y del
Santísimo Cristo de la Expiración
14 de Agosto de 2023
Javier Rupérez

Respetado Señor Alcalde de Villaescusa de Haro, Don Cayetano
Javier Solana,

Respetado Senador de Reino y Alcalde de Fuentelespino de Haro,
Don Benjamín Prieto,

Respetado Señor Alcalde de la Puebla de Almenara, Don Valentín
Rozalen,

Reverendo Señor Cura Párroco de Villaescusa de aro, Don Fernando
Fernandez Cano

Distinguidos miembros del Concejo,

Bella Señora Reina de las Fiestas y sus muy dignas Damas de Honor,
Ciudadanos y ciudadanas de esta noble localidad de Villaescusa de
Haro,

Vecinas y vecinos de otras próximas o lejanas poblaciones

que hayan querido compartir con nosotros

este anual y siempre singular evento,

Paz y Bien.

Debo comenzar mis palabras expresando, muy profundamente, y en primer, lugar la honra y el agradecimiento que para mí encierran al haberseme confiado la muy exigente y noble tarea de pronunciar el pregón que sirve de inicio a las Fiestas de la Virgen del Favor y de la Ayuda y del Santísimo Cristo de la Expiración, patronos de esta villa y de sus habitantes. Se lo debo a Don Cayetano Javier Solana, muy debidamente respetado Alcalde de esta villa, excelente amigo y buen compañero de faenas cívicas e inspirador de otras tantas, al que espero no defraudar en la expresión de los propósitos que aquí me traen esta noche. Y que, a él, junto con todos aquellos que han tenido la bondad de acompañarnos, van dedicados.

Vengo de tierras próximas, las que en la falda de la Sierra Jarameña rodean la Puebla de Almenara, origen de mis ancestros maternos y referencia antigua, moderna y permanente de mis anhelos, de mis ideas, de mis paisajes, de mis pasados, de mis futuros. También de mis creencias: traigo de allí, si las Santísima Personas me lo permiten, el mensaje fraternal que la Virgen de la Misericordia envía a su alter y próximo ego, la Virgen del Favor y Ayuda, así como el no menos próximo que hace llegar el almenariense Nazareno al Cristo de la Expiración. Porque en realidad, ¿hay algo más cercano en nuestro devenir humano de lo que el Favor y la Ayuda encuentran en la Misericordia, o el crucificado en Villaescusa con el sufriente en la Sierra Jarameña?

Ha sido y sigue siendo mi vida un camino variopinto y errante, variado en ocupaciones y demandas, teñido de colores múltiples en países, exigencias, personas y convicciones. Frente a todo ello, y con los aciertos y con los errores que toda peripecia humana trae consigo, he procurado, ante todo, y en la modesta medida de mis posibilidades, aportar al mundo y a los que lo habitan esperanzas y realidades fundamentadas sobre el respeto a la persona humana y a su dignidad. Esa es la enseñanza que desde muy joven recibí en el ambiente familiar y educativo. Esa es la tradición que he procurado transmitir a

mis próximos y lejanos. Esa es la inspiración que en primera y última instancia encierra y transmite el mensaje cristiano. Porque sea cual sea la relación que con la divinidad mantenemos en nuestras vidas, la reclamación de la libertad, y consiguientemente la configuración de la democracia, serían incomprensibles sin el pensamiento que tiene su origen en el Evangelio y del cual tantos ejemplos ilustres e inolvidables tenemos en esta villa. Mi particular Puebla de Almenara fue la cuna de un ilustre purpurado en el siglo XVII, Don Juan de Cuenca, que lo fue de Cádiz.

Esta Villaescusa de Haro lo ha sido de doce de sus colegas, en variados momentos repartidos por la península hispana y por tierras de ultramar y de los que siempre quedará memoria. Por ejemplo, de Don Diego Ramírez de Villaescusa, capellán de la Reina Juana de Castilla, celebrante en su matrimonio con Felipe el Hermoso en Flandes y en el bautizo de su hijo en Gante, el que sería Emperador de la Cristiandad, Carlos I de España y V de Alemania. Por supuesto de Don Sebastián Ramírez de Fuenreal, fundador del convento de dominicos en el que ahora nos encontramos y figura fundamental para la preservación y progreso de las poblaciones indígenas en la América española. Y, entre tantos otros, Don Antonio Ramírez de Haro, confesor y consejero de la princesa de Castilla Doña Leonor de Austria, nieta de la Reina Católica por esencia, Doña Isabel de Castilla. En cuyas filas había militado Villaescusa de Haro cuando el marqués de Villena quería hacer un reino de taifa de su particular propiedad.

Este fue el enclave que a punto estuvo de albergar la universidad que luego encontraría su sitio en Alcalá de Henares. Este ha sido el lugar que los hados eligieron para que viera la luz vió la luz Luis Astrana Marín, como nadie antes o después vocero de Miguel de Cervantes, de su vida y de su obra. Este merecía haber sido, si los ciudadanos de por allí permiten que lo diga, el lugar de origen de aquel Antonio de Nebrija, tan próximo a la Reina Católica, el autor de una primera y nunca olvidada gramática de la lengua castellana, aquella

que comenzaba afirmando “cuando pongo delante de los ojos la antigüedad de todas las cosas que para nuestra recordación y memoria quedaron escritas, una cosa hallo y saco por conclusión muy cierta: que siempre la lengua fue compañera del imperio”.

Siendo todavía muy joven, adolescente apenas salido de la niñez, mi madre y mi tía me llevaban al castillo de la Puebla de Almenara y desde allí me mostraban en la lejanía la sombra del castillo de Belmonte. Lo visité con ellas, y más tarde con mis hermanos, varias veces en ocasiones teñidas por la evocación y un tanto de envidia: de Almenara apenas quedaba la ruina mientras que Belmonte, al aire de Villena, y de Eugenia de Montijo y del Frente de Juventudes, que todo se había sucedido en aquella viña conquense, mostraba casi intacta su figural original y señera. Claro que las piedras del de Almenara habían servido para erigir la bella ermita que no lejos alberga desde hace siglos a la Virgen de la Misericordia. Pero no dejaba de ser un complicado consuelo. Que tenía su compensación cuando en el camino de retorno nos deteníamos en Villaescusa de Haro, alternativa que nuestras mayores nos ofrecían para compensar la grandeza belmontina. “No creáis que todo es Belmonte, “nos decían. “Veréis lo que guarda Villaescusa”. Y ante nuestros incrédulos ojos, una primera, y otras muchas veces después, se alzaba y se sigue alzando el retablo de la Capilla de la Asunción en la iglesia parroquial de San Pedro. Un prodigio del gótico isabelino que como pocos otros retablos han sabido hacer en España o en el extranjero narra de forma lineal la vida de la Virgen Maria, Madre del Salvador, Del Favor y de la Ayuda, de la Misericordia, de la Esperanza, del Buen Consejo, de los Desamparados, de los Dolores, Auxiliadora y de todos aquellos seres humanos, necesitados de inspiración, concordia, amistad, benevolencia, paciencia, supervivencia y prosperidad.

Pero si todos tenemos en la memoria la imborrable grandeza de los que aquí vieron la luz y de las epopeyas que durante sus vidas encarnaron para mayor gloria del lugar y de sus habitantes, flaco

servicio haríamos hoy al Favor y a la Ayuda de Nuestra Señora y al Santísimo Cristo de la Expiración si no fuéramos capaces de aplicar al tiempo que nos ha tocado vivir las lecciones del pasado y las urgencias del presente. Con inmenso gozo me sumo hoy a la fiesta cuyo pregón me ha sido confiado y os deseo a todos la mejor de las felicidades que el momento ofrece, con el ruego inmediato que a mi mente asciende: ¿Qué hacemos de aquellos que por razones varias no pueden hoy sumarse a nuestras celebraciones? Aquellos a los que la edad o la enfermedad les impide desplazarse, los que hace tiempo se vieron forzados a mudar de domicilio por razones prosaicamente económicas y hoy no les alcanza la pitanza para retornar, o simplemente aquellos a los que la geografía y la distancia les sitúa fuera del alcance de nuestro Favor y de nuestra Ayuda.

Fue Villaescusa de Haro estandarte de la España activa y creadora. Es ahora, junto con otras y no pocas localidades que reciben la misma y preocupada descripción, parte de una España a la que no sin razón llaman despoblada. Para evitar el doloroso epíteto de vaciada. Estuvo Villaescusa a punto de tener una universidad, pero los años y los esfuerzos de muchos dotaron a nuestros descendientes de posibilidades ciertas en el aprendizaje y en el estudio. Hoy los lugares de enseñanza no son tantos, ni tan próximos. Fue la vuestra una historia cargada de respeto y consideración para vuestros mayores, hoy más que nunca necesitados del cuidado que su longevidad exige y que su experiencia, la que nosotros tanto necesitamos, merece. Sois los herederos de una civilización hecha a fuerza de cultura y creencia, consciente del poder del colectivo como del respeto debido al individual, con independencia, como dice nuestra Constitución, del “nacimiento, sexo, raza, religión u opinión”. Me parece que esta una excelente ocasión, en Villaescusa de Haro y en el bellamente reconstruido convento de los dominicos, para recordarlo. Y hacerlo como los festejos exigen: en la convicción de que cuantos más seamos

en celebrar las condiciones positivas de nuestra convivencia más felices seremos. Y mejor lo apreciaremos.

Pareciera como si el mundo que ahora nos toca vivir solo tuviera respeto y acomodo en la urbe multitudinaria del acero, el ladrillo y el cristal. Cuya supervivencia en última instancia depende de los parajes que le proporciona sustento y aliento. El mundo rural no es una quimera poética sino la realidad antigua de una constancia armónica e imprescindible. Esta villa secular, como todas las demás, grandes o pequeñas que la rodean, bien lo sabe y conoce su exigencia: garantizar el trabajo de sus habitantes, facilitar sus desplazamientos, ofrecer los servicios esenciales de sanidad, educación y comercio. Con ello todos saldremos, saldrán, ganando. Repoblaremos los vacíos. Daremos un mejor sentido a nuestro terruño, a nuestra comarca, a nuestra región, a toda España.

Fue en mis tiempos de joven diplomático, allá por los años setenta del pasado siglo, cuando estuve destinado en Varsovia, la capital de Polonia. Eran todavía los aciagos momentos de la Unión Soviética, cuando buena parte del Este de Europa se veía sometido al yugo brutal del comunismo. Y los polacos, tan lejanos en la geografía como cercanos en las creencias, mostraban como refugio lo que los españoles nunca habíamos olvidado: la cristiandad. También como en esta tierra ocurre, centrada en respetadas advocaciones del santoral. La mas conocida y apreciada era, y sigue siendo, la Virgen de Czestochowa, un primitivo icono venerado en la localidad de Jasna Gora. En el sur del pais, no lejos de la bella ciudad de Cracovia de la cual era cardenal y obispo un dinámico clérigo local que respondía al nombre de Karol Wojtyla. Tuve ocasión de conocerle y visitarle en diversas ocasiones, cuando mis obligaciones me llevaban a varias partes del pais, y fue él quien me recomendó entrara en contacto con el Primado de la Iglesia polaca, el cardenal Stefan Wyszynski, una figura bien distinta de la de su colega cracoviano: imponente, hierático, ceremonial. También un elemento de imprescindible

referencia en la vida que se quería libre del ciudadano polaco. Cuando a finales de 1970 unas revueltas paradójicamente obreras estuvieron a punto de acabar con la tiranía marxista leninista y los soviéticos amenazaron con invadir territorio polaco, el Primado, en su misa dominical, subía al púlpito y repetía con claridad y contundencia: "polacos, la patria está en peligro". Woytila, poco tiempo después, en una de sus visitas a Varsovia, me decía con convicción: "El cardenal nos ha salvado". Y fué ese mismo Wojtyla, en 1979, cuando ya ocupaba en Roma la Cátedra de San Pedro bajo el nombre de Juan Pablo II, el primero en dirigirse públicamente a los terroristas de ETA que me habían secuestrado en Madrid para pedir mi liberación. Me recibió en audiencia pocas semanas después de mi vuelta a la vida y, tras agradecerle su intercesión, me recordó las palabras de Wyszynski, "Javier, la patria estaba en peligro, la Virgen nos salvó a nosotros como te ha salvado a ti, pero como bien decís los españoles, a Dios rogando y con el mazo dando". Y hoy, como ayer, como siempre, debemos repetirnos lo evidente: nunca faltan aquellos que en el terreno de la política quieren privarnos de libertad y poner en peligro la patria. Confiemos en la divina intervención y en nuestras propias capacidades para evitar que así sea.

Amo esta tierra. Nos sentimos orgullosamente parte de Castilla la Mancha, pero en realidad nuestras fanegas son algo diferentes de la que recorría el ingenioso caballero. Nuestras son las colinas, y los pinares, y las ondulaciones y las vaguadas. Eso es precisamente lo que mi Sierra Jaramaña divide y que hoy tan poderosamente vuelve a mi memoria. Allí, a lo lejos, sin apenas nada que impida reconocerlo, queda Quintanar de la Orden. Aquí, entre frondosidades varias, se adivina la existencia de la tierra de Haro y de su famosa Villaescusa.

Cuando el tiempo y las circunstancias me lo han permitido, solo o en compañía de familia y amigos, he recorrido el itinerario, no por reducido menos gráfico y significativo, que en estas nuestras tierras dibuja con precisión una poderosa parte de la historia de España.

Empieza en Uclés, allí donde los cristianos tuvieron que habérselas sin mucho éxito con los musulmanes antes de que la colina se convirtiera en domicilio de los caballeros de la Orden de Santiago, para seguir hacia la vecina Segóbriga, imponente, bello y permanente recuerdo de nuestra latinidad, para poco después subir al castillo de Almenara antes de visitar la ermita de la Virgen de la Misericordia y, y tras un breve receso, continuar camino hacia Belmonte, no tanto para recorrer castillo y colegiata sino sobre todo para recordar que de allí proviene Fray Luis de León, padre temprano de nuestras mejores letras. Pero la culminación no está allí sino aquí, en Villaescusa de Haro, en la parroquia de San Pedro, ante el retablo de su capilla de la Asunción, prodigioso resumen de lo que la mano humana puede configurar al evocar la eternidad de nuestra Madre del Cielo y de su Hijo cuya Expiración redentora hoy también recordamos. Los que hoy nos convocan, protegen, animan e inspiran en la caridad, en la bondad, en la rectitud, en la sabiduría, en la ley de Dios y de los hombres. Por eso, con renovado agradecimiento y honda emoción, séame permitido invitarles a proclamar lo que en el pecho y en la cabeza todos albergamos.

¡Viva la Virgen del Favor y Ayuda!

¡Viva el Santísimo Cristo de la Expiración!

¡Viva Villaescusa de Haro!

¡Viva Cuenca!

¡Viva España!